

Universidad de la República del Uruguay.

Facultad de Psicología.

Trabajo Final de Grado. Monografía.

Título: El ocultamiento de la muerte hacia la Infancia.

Estudiante: Silvia García.

Ciudad: Montevideo.

Tutora: Andrea Bielli.

Fecha: 13 de Febrero del 2015.

Índice.

Resumen.....	Pág.3
Introducción.....	Pág.4
Cap.1- Casos clínicos.....	Pág.5
1.1- Un viaje al cielo.....	Pág.5
1.2- Las alitas de Delia.....	Pág.6
1.3 - Un silencio abrumador.....	Pág.7
Cap. 2 - La muerte a través del tiempo.....	Pág.9
2.1 - La vida en compañía de la muerte.....	Pág.9
2.2 - Una extraña dama.....	Pág.11
2.3 - Lo Innombrable.....	Pág.13
Cap. 3- Infancias.....	Pág.16
3.1- Una infancia marcada por la severidad.....	Pág.16
3.2 - El comienzo de una etapa dorada.....	Pág.17
Cap. 4 - Duelo.....	Pág.20
4.1- Un afecto normal.....	Pág.20
4.2- El aporte de M. Klein al duelo.....	Pág.21
4.3 - Un dolor derivado del amor.....	Pág.22
4.4- Un trozo de sí.....	Pág.22
4.5 - Duelo y vínculo.....	Pág.23
4.6- Duelo patológico.....	Pág.25
4.7 – Simbolización.....	Pág.26
4.8- Duelo en los niños por la muerte de un familiar significativo.....	Pág.28
4.9- Engaños y Silencio.....	Pág.31
Cap. 5- Consideraciones finales.....	Pág.34
Referencias Bibliográficas.....	Pág.38

Resumen.

La muerte es una realidad que atañe a todo ser humano sin importar edad, sexo, religión, cultura, creencias, o época histórica, sin embargo éstos son factores que influyen en la concepción que se tiene de ella y en la manera en la que habrán de llevarse a cabo o no los rituales referidos a su tratamiento.

La actitud del ser humano hacia la muerte parece haberse detenido en Occidente, a mediados del 1900, en una actitud de evitación y ocultamiento que se ha extendido hasta nuestros días. Actitud que se ve reflejada en la dificultad que encuentran las personas, en algunos casos, para poder hablar sobre la muerte y el duelo, dificultad que se ve incrementada para poder hablar con los niños sobre estas situaciones. Por lo cual para evitar estas comunicaciones con ellos suelen utilizarse argumentos que parecen justificar la innecesidad de hacerlo.

Es por ello que el tema del presente trabajo trata sobre la existencia de los duelos en los niños y sobre los efectos contraproducentes en ellos de los engaños y los silencios que los adultos suelen imponer en torno al tema. El mismo es abordado desde una revisión bibliográfica sobre diferentes concepciones históricas en cuanto a la muerte y la infancia, incluyendo diferentes concepciones psicoanalíticas sobre el duelo y aportes sobre el duelo en niños. Concluyendo que el duelo infantil es una realidad, un proceso que necesita ser acompañado por los adultos para que pueda lograrse una elaboración del mismo por parte del niño.

Introducción.

¿Es el mundo infantil inmune al duelo por la muerte de un ser querido? ¿Qué es lo que lleva a los adultos a pensar que si a los niños se les oculta el hecho de una muerte no sufrirán por ella? ¿Realmente los niños son incapaces de notar que algo anda mal en su entorno más próximo aunque ello no se les diga verbalmente? Si se les comunica lo que sucede ¿es improbable que lo comprendan? ¿Hay derecho a ocultarles un suceso de tal magnitud? ¿Por qué evitamos hablar con los niños sobre la muerte?

Son éstas interrogantes de múltiples respuestas posibles debido a que se relacionan con cuestiones humanas complejas como los son la muerte y el sufrimiento.

La manera de concebir y de afrontar ambos sucesos ha ido cambiando a lo largo del tiempo, adoptando diferentes sentidos para la Humanidad. En Occidente las emociones de sufrimiento y sus manifestaciones parecen ser cosa prohibida de sentir y de compartir con otros, siendo confinadas a situaciones de poca compañía o de soledad. Actitud transmitida por varias generaciones y tempranamente aprendida del entorno más cercano, que no sólo tiene como consecuencia para el ser humano la carga en solitario de un inmenso pesar sino también los efectos negativos que conlleva la represión del sufrimiento. Sentimiento ante el cual se realizan esfuerzos para su destierro e inexistencia tanto del mundo adulto como del mundo infantil. Esfuerzos vanos que nunca serán suficientes dado que el ser humano se ve expuesto al riesgo de sufrir por el simple hecho de estar vivo y establecer lazos afectivos con diferentes objetos de amor. Basta con que ocurra la pérdida de un objeto de amor para que el sufrimiento se haga presente en el ser.

Desde esta perspectiva nadie es inmune al riesgo de sufrir y mucho menos los niños, aunque los adultos gustan creer que si se les oculta el hecho doloroso entonces los protegen del sufrimiento. Falsa creencia que conlleva un comportamiento que no logra tal efecto sino que por el contrario incrementa el sufrimiento del niño al dejarlo solo frente a una situación dolorosa y de difícil elaboración como lo es el duelo.

Por lo tanto a lo largo del presente trabajo se buscará reflexionar sobre estas interrogantes y sobre las posibles consecuencias que pueden tener para los niños las actitudes de ocultamientos y silencios, que en ocasiones, adoptan los mayores responsables de su cuidado frente a la situación de muerte de un familiar significativo.

Para ello se han de exponer casos clínicos, se han de revisar, desde una perspectiva histórica, diferentes actitudes del ser humano hacia la muerte y la infancia y han de incluirse, desde una perspectiva psicoanalítica, diferentes aportes sobre el duelo, la importancia de su elaboración y las consecuencias negativas de los engaños y silencios en torno a la muerte de un familiar significativo para el niño.

Cap. 1- Casos clínicos.

1.1 – Un viaje al cielo.

“Cuando Jorge tenía tres años y tres meses de edad, el padre sufrió un ataque cardíaco. Aquella mañana, como lo hacía habitualmente al salir para su trabajo, se despidió del hijo con un beso, y este fue el último contacto que el niño tuvo con su padre. Horas más tarde, cuando llamaron para dar la noticia de la muerte, Jorge se encontraba en casa, pero la madre pensó que no se había enterado de nada. Inmediatamente y sin darle explicación alguna, fue llevado a casa de unos tíos donde permaneció hasta que terminó el entierro. Cuando volvió encontró a su madre de luto, llorando y sin atreverse a decir al niño que el padre había muerto. Intentó justificar su ausencia, contándole que se había ido de viaje por largo tiempo. A medida que transcurrían los días, Jorge, demostrando no haberse conformado con la explicación dada, comenzó a acosar a su madre con preguntas, que recibieron toda clase de respuestas, menos la verdadera. La situación llegó a hacerse insostenible y entonces la madre, aunque no era religiosa, decidió decirle que su papá se había ido al cielo y que ya no regresaría más. Jorge, lejos de tranquilizarse, dio muestras de una angustia y confusión crecientes, que se manifestaron en una serie de preguntas hechas en forma incesante y acosadora, no sólo a la madre sino a todos sus familiares. ¿Qué es el cielo? ¿Dónde queda el cielo? ¿Qué hace papá en el cielo? ¿En el cielo hacen pis y caca? ¿Comen? ¿Si uno va en avión puede llegar al cielo? ¿Está papá siempre en el cielo? ¿Por qué si se pueden ver los aviones en el cielo, yo no puedo ver a mi papá? ¿Cuándo va a volver papá?” (De Tomas, 1987, p.180 – 181).

1.2- Las alitas de Delia.

“Me consultaron por Delia, de cuatro años. Su madre había muerto de cáncer hacía un año. Después de intentar muchas versiones habían terminado por decirle que la madre estaba en el cielo. Las palabras muerte y enfermedad habían sido eludidas. La madre de Delia enfermó cuando ésta tenía dos años, fue sometida a una intervención y luego a varias operaciones. De ese modo desapareció y volvió varias veces, pero nunca le dijeron nada a la niña de lo que estaba pasando. Cuando murió, la primera explicación fue que estaba en Europa y que volvería... Delia acosó a preguntas al padre y a los familiares, quienes luego de muchas contradicciones terminaron dando la versión del cielo... Delia había desarrollado un extraño síntoma. Se examinaba diariamente el cuerpo para ver si le habían crecido alitas. Se lastimaba, se golpeaba y después se inspeccionaba para ver qué alitas le habían salido, y había llegado a la convicción de que le crecían o le estaban creciendo... Ella quería irse con su madre al cielo, pero para eso necesitaba alas, las alas venían por las heridas (operaciones). Si las heridas eran chiquitas las alas eran chiquitas. Ella necesitaba alas grandes, pero tenía miedo de que le crecieran realmente alas grandes, porque si le crecían, ella se iba y no sabía si podía volver, como la madre no había vuelto. Ella la imaginaba en una zona intermedia entre el cielo y la tierra, y lo expresó en un dibujo. La vida mental de Delia estaba dominada por la lucha entre el miedo a morir y el anhelo de estar con su madre. La actividad de juego de esta niña a lo largo de varias sesiones mostró no solamente que sabía que la madre había muerto, sino también de qué había muerto... Las tendencias suicidas, normales en un período inicial frente al duelo, se habían incrementado en esta niña de un modo extraordinario por la idealización que los adultos habían hecho del cielo. Después del engaño al que habían recurrido con la versión del cielo empezaron los síntomas mencionados... El sitio en que apareció el mal y el número preciso de las operaciones figuraban en los dibujos de Delia. Con fines de investigación consulté al padre, que era médico, y me confirmó todos los detalles... Los síntomas no obedecían a la muerte de la madre, sino al engaño en que había sido sumida.” (A. Aberastury, 1978, p. 173 – 174).

1.3- Un silencio abrumador.

Phillipe, un muchacho de unos diez años, había perdido a su madre a la edad de cinco años. Ella había muerto repentinamente en su lugar de trabajo. No se habían aclarado las causas del deceso... El propio padre de Phillipe aventuró la hipótesis de un suicidio... La madre había muerto en Semana Santa. Phillipe no se enteró hasta el verano siguiente, durante una estancia con la familia del padre. Sólo sabía que estaba enferma y su padre nunca le dijo ni una palabra sobre el fallecimiento. El señor F, el padre, se hundió progresivamente en la depresión y el alcoholismo. Viudo inconsolable, cultivaba interminablemente un duelo mudo y solitario en el que no dejaba participar a su hijo, no porque se desinteresara de él sino para evitarle la pena de ver su inmensa aflicción... Phillipe tenía además la tendencia a llamar mamá a su abuela y ésta olvidaba corregirlo...Las reacciones de Phillipe a la pérdida de su madre pasaron inadvertidas. Tanto mejor: todo lo que podía evocar el recuerdo del doloroso suceso, e incluso la existencia de la señora F, se evitaba cuidadosamente...El niño se hundió en una especie de embotamiento intelectual que acabó por alarmar a sus maestras: se estancaba de un año a otro en la clase de adaptación sin asimilar los rudimentos de la lectura. Sus repetidos fracasos lo hacían además muy ansioso, inestable, intolerante a la presencia de los demás niños y difícilmente soportable a la larga...Parecía no comprender nada de lo que le sucedía y no interesarse por nada...Cuando la psicoterapia comenzó a suprimir la prohibición que pesaba sobre el duelo de la madre, paralelamente comenzó a despertarse su curiosidad...Evocaba la muerte de su madre como un secreto que se le había ocultado durante mucho tiempo, y poder hablar sobre ello tenía sobre él un efecto liberador...(Arfouilloux, 1986, p.62-68).

Considero que estos casos clínicos, correspondientes a niños de diferentes edades que han sufrido la pérdida de un ser querido, no sólo ilustran la existencia del duelo infantil sino también las consecuencias negativas que tienen para los niños el ocultamiento de la muerte de un ser querido por parte de los adultos y cómo este accionar condiciona el rumbo de su duelo. Reflejan el sufrimiento del niño debido tanto a la pérdida como a la confusión que le genera el desconocimiento de la verdad, así como su curiosidad en un intento de comprender la situación. Muestran también como los efectos que el ocultamiento ocasiona en el niño no desaparecen por sí solos con el paso del tiempo sino que éste necesita ser aclarado por medio de la verdad, dando lugar así a que el niño pueda expresar sus fantasías y sentimientos con respecto a la situación para que aquellos se difuminen progresivamente. Sin olvidar que los síntomas no sobrevienen en el niño por el desconocimiento de su pérdida, él sabe de su ocurrencia, la misma realidad le muestra que su ser amado ya no está y el paso de los días le confirma que no ha de

volver, sino que le sobrevienen por el engaño que se teje en su entorno y que se pretende hacerle creer, se debate entre lo que sabe y cree que ha sucedido y lo que los adultos le brindan como verdad o le ocultan con respeto a la situación. Lo cual obtura la capacidad de pensar del niño y la expresión de lo que sucede en su mundo interior, quedándose solo con su pesar y dificultándosele realizar el necesario proceso de simbolización para el cual necesita de apoyo y sostén de su entorno. El trabajo del duelo se ve impedido y se lo coloca en riesgo de padecer un duelo patológico. "...Únicamente confusión y patología puede nacer de ocultar o deformar a los niños la muerte de un padre y cuando implícita o explícitamente los adultos hacen que los niños refrenen la expresión de sus sentimientos." (Bowlby, 2009, p. 282).

En ocasiones los padres parecen preferir no comunicarle al niño sobre la pérdida para protegerlo del sufrimiento sin embargo no es la comunicación del hecho lo que produce las emociones dolorosas sino la pérdida en sí, la imposibilidad de hablar de ello y el engaño. Es necesario que la explicación que se le brinde al niño sea sincera y congruente con el pensamiento familiar referido a la muerte debido a que el niño no sólo puede realizar preguntas en un intento de mayor comprensión del hecho sino que posee un pensamiento diferente al del adulto, caracterizándose hasta cierta época por el entendimiento literal de lo que se le dice, siendo esto ejemplificado en la siguiente cita: "A menos que se le den explicaciones precisas, un niño pequeño supondrá naturalmente que tal cielo no es diferente de otros lugares distantes y que el regreso del padre desaparecido es sólo una cuestión de tiempo." (Bowlby, 2009, p. 280).

Esta práctica de ocultamiento de la muerte a los niños surge, en Occidente, de forma progresiva, por lo cual ahora se intentará revisar algunas concepciones sobre la muerte y la infancia que permitan visualizar ese proceso, para adentrarnos luego en las producciones del Psicoanálisis en torno al tema.

Cap. 2 - La Muerte a través del tiempo.

La muerte es una realidad que atañe a todo ser humano sin importar edad, sexo, religión, cultura, creencias, o época histórica sin embargo éstos son factores que influyen en la concepción que se tiene de ella y en la manera en la que habrán de llevarse a cabo o no los rituales referidos a su tratamiento.

Con el fin de evitar el riesgo de caer en una cierta naturalización de la actitud que hoy manifestamos hacia la muerte y las prácticas fúnebres, considero de utilidad realizar una breve referencia a ciertas épocas de la historia, dentro de Occidente y particularmente dentro de nuestro país, en las cuales la actitud hacia este suceso era diferente a la que hoy mantenemos. Una actitud distinta en cuanto a la forma en la que el moribundo vivenciaba la cercanía de su muerte y a la participación que la sociedad solía tener cuando fallecía alguno de sus integrantes. Distinta en cuanto al trato y a la cercanía que se acostumbraba a tener con todo aquello que refería a la muerte, diferente en cuanto al lugar que se le daba a las manifestaciones del sufrimiento y a la práctica del luto.

2.1- La Vida en compañía de la Muerte.

Según Ariès (1983) la primera Edad Media (Siglo V a Siglo X) fue una época en la cual la muerte no sucedía como un hecho sorpresivo para quienes iban a morir. Por el contrario quien estaba destinado a partir tomaba conocimiento de su destino, con cierta antelación en el tiempo, a través de señales que solían interpretarse como el anuncio de su muerte. Se decía que los muertos continuaban entre los vivos pero su presencia era visible únicamente para aquellos que estaban próximos a morir, otros en la misma situación oían tocar tres veces en el piso de su habitación. Destaca que si bien no todos sabían de su muerte a través del mismo tipo de señales, las cuales hoy podrían considerarse como supersticiones correspondientes a la época, todos sabían de alguna forma sobre la proximidad de su fin (p. 14 - 16).

Los miedos y las angustias que pudieran sentirse, continúa Ariès (1983), eran controlados para que no impidieran morir con calma y en paz como la sociedad lo estipulaba. Lo fatídico no era morir sino morir de forma súbita sin tiempo de prepararse y perdiéndose así la posibilidad de participar en su propia muerte. La muerte súbita era la muerte fea, aquella que infundía temor con tan sólo imaginar su posible ocurrencia. Sin

importar cómo había transcurrido la vida del fallecido la muerte súbita lo condenaba con una maldición, lo que no era diferente para los niños (p. 17 - 18).

“Siempre se moría en público” (Ariès 1983, p. 24). El moribundo, relata Ariès (1983), no ocultaba su estado sino que se encontraba en su cama rodeado de familiares y conocidos que lo acompañaban durante sus últimas horas, recibiendo atención tanto de sí mismo como de los demás. Era deseable que antes de marchar se tuviese tiempo para recordar cómo fue su vida, para rodearse de visitas que daban su último adiós y entonces sí esperar la llegada de la muerte en la mayor calma posible. Llamó a esta muerte la muerte domada y no porque en tiempos anteriores no lo fuera sino porque los cambios por los cuales ha atravesado han hecho que con el largo pasar del tiempo se convirtiera en una muerte salvaje (Ariès 1983, p.32).

En Uruguay entre los años 1800 y 1860 se vivía lo que Barrán (1993a) denominó “la cultura bárbara” (p. 5). En la cual, expresa, la muerte era vivida como un hecho cotidiano y familiar que formaba parte de la vida. Se consideraba un estado más del ser humano que, aunque diferente a la vida, no instauraba una distancia radical entre el muerto y sus allegados debido a que se sostenía la creencia de una comunicación permanente entre los vivos y los muertos (p. 178). “La muerte no parecía a los ojos de la cultura bárbara ese hecho inmovible, definitivo y esencialmente diferente a la vida que parecerá a la sensibilidad civilizada” (Barrán, 1993a, p. 178).

Barrán (1993a) destaca como la muerte súbita, a pesar de los dolores y lamentos que podía llegar a ahorrarle al moribundo, continuaba siendo temida. En tanto que privaba, a quien la sufría, de recibir auxilios espirituales, de ordenar los asuntos personales antes de partir y de realizar el testamento, condenando también a morir en soledad (p. 168).

En aquella época, continúa Barrán (1993a), se hablaba claramente sobre la muerte tanto al moribundo como a los familiares y se la anunciaba a todas voces a la comunidad entera. La cual acostumbraba visitar al moribundo, acompañar al sacerdote en sus rezos y acudir al velorio (p.169 - 170). Se tenía un contacto fluido con todo aquello que simbolizaba la muerte. “Hablar y escribir sobre enfermedades graves, agonías, estados de los cadáveres y funerales, no chocaba a la sensibilidad bárbara, por el contrario, formaba parte de su buen gusto” (Barrán, 1993a, p. 193).

Se acostumbraba además que los niños participaran en las visitas al moribundo y en los rituales correspondientes así como también que acudieran a los velorios de otros niños. “Bastaba que la familia del muerto solicitara el envío de los ángeles del establecimiento

más próximo a la casa mortuoria, para que allá marchase el maestro a la cabeza con sus alumnos” (Barrán, 1993a, p. 175).

Barrán (1983a) relata detalladamente cómo la cultura de este tiempo solía convivir a diario con la muerte y con todo aquello que la representaba. El cadáver solía permanecer a la vista de los demás, en caso de tener que transportarlo hacia otro lugar para darle sepultura cristiana se lo colocaba firmemente en la cabalgadura de un caballo y se lo llevaba a destino acompañado de sus allegados (p.185). Durante el velorio se compartían mates y bocadillos y los cementerios eran lugares de distracción. Los velorios a causa de la muerte de los niños eran ocasión de festejo y baile, a los cuales los allegados concurrían con sus mejores galas, debido a que se sostenía la creencia de que cuando un niño moría se producía su entrada angelical a la Gloria, por su cualidad de inocencia, y de que éste intercedería ante Dios por sus deudos (p. 197 - 199). Como lo expresa Barrán (1983a) la muerte en si misma era para la cultura bárbara una especie de fiesta (p. 197), una ocasión de festejo que implicaba el estar en compañía, el ocio y el disfrute de ciertos placeres.

En esta cultura en la cual la muerte era un suceso tan frecuente como los nacimientos (Barrán, 1993a, p. 204 - 205), su ridiculización, la compañía, los auxilios espirituales, los festejos y las risas parecen haber sido, además de las características de una cierta forma de vida, los principales medios utilizados para espantar las angustias que ella podía y solía despertar. La muerte era una experiencia más de la vida (p. 190) pero sobre todo posible de ser compartida con los otros.

2.2- Una Extraña Dama.

Ariès (1983) destaca que ya en transcurso del siglo XIX comenzaba a gestarse un cambio en relación a la muerte. El cual concluiría en la aparición de un nuevo modo de morir que comenzaría a visualizarse a principios del siglo XX en aquellas zonas más urbanizadas de Occidente (p.465 - 466).

Este nuevo modo sería lo que él denominó la muerte invertida, caracterizada por ser opuesta a las anteriores formas de morir (p. 466). La muerte, dice Ariès (1983), ya no detiene el ritmo cotidiano y comienza a pasar desapercibida para aquellos a quienes no golpea directamente. Comenzó a perder la majestuosidad con la que se concebía anteriormente para pasar a ser considerada sucia y fea debido a sus efectos

desagradables sobre el cuerpo, como son las excreciones del mismo, los malos olores y por supuesto la fealdad del cadáver (p. 466 - 473). Faceta desagradable de la muerte que no se limita únicamente al aspecto del moribundo sino que también se extiende a las expresiones de los dolientes. “El duelo hace pensar en la muerte y por lo tanto, tiene mala prensa” (Sancho, 1999, p. 1098). Lo cual ha llevado a que el duelo y sus manifestaciones de sufrimiento sean rechazadas por la sociedad y, en consecuencia, reprimidas por los dolientes.

Barrán (1993b) relata cómo este cambio en la actitud de las personas frente al suceso de morir, que ya había comenzado a gestarse en algunos países occidentales, comienza a surgir en la sensibilidad de la sociedad Uruguaya alrededor del 1860. Si bien se continuaba muriendo en compañía, ésta se había reducido únicamente a los familiares. Al velorio y al entierro acudían aquellos integrantes de la comunidad que eran más allegados al muerto, excepto los niños que ahora se excluían de estos eventos (p. 283). Comenzaba a encontrarse en la muerte repentina el beneficio de la falta de dolor y de conciencia de su propia muerte en el moribundo (p. 168). “La cultura civilizada...negó la muerte. La vivió dentro de la familia, una forma social más pequeña y menos cobijadora que la comunidad, y la asoció sólo con la majestuosidad de lo terrible e inexorable” (Barrán, 1993b, p. 265). La disminución significativa de la tasa de mortalidad tanto de adultos como de niños comenzó a quitarle a la muerte su condición de suceso frecuente, característico de la cultura bárbara, y la convirtió en un suceso de ocurrencia más esporádica, suceso que dejaba de considerarse como parte de la vida pasando a ser visto como el fin de la misma (Barrán, 1993b).

Barrán (1993b) muestra a través de su relato cómo la muerte comenzó a ser negada y a ser rechazada toda referencia a ella y a sus representaciones por cualquier medio, mencionarla estaba visto como algo de mal gusto y falta de sensibilidad, por lo tanto no debía de ser anunciada y mucho menos al moribundo (p. 265, 277). “Cuando nos veamos precisados a hablar de enfermedades o de hechos que puedan despertar en la inteligencia de nuestros interlocutores algún recuerdo desagradable, debemos usar palabras escogidas y atenuar, cuanto posible nos sea, la expresión y sus efectos” (Barrán, 1993b, p. 282).

Barrán (1993b) relata cómo la sociedad civilizada trató de apartar a la muerte de la cotidianeidad evitando tener contacto con todo aquello que la representara. Los cadáveres se ocultaban, los huesos dejaron de formar parte de la “decoración” de las

iglesias y los cementerios pasaron de ser lugares de recreación a sitios serios en los que se exigía respeto, silencio y se prohibía la entrada a toda persona irrespetuosa (p. 267 - 280).

La cultura bárbara utilizó la risa y el festejo para mitigar el miedo a la muerte, en cambio la cultura civilizada con el mismo fin prefirió su ocultamiento, evitar en la medida de lo posible todo contacto con ella y negarla.

2.3 – Lo Innombrable.

En Occidente la actitud del ser humano hacia la muerte parece haberse detenido en la época de la sensibilidad civilizada, prolongándose hasta nuestros días aquella actitud de evitación y ocultamiento de la muerte. En la actualidad parece prácticamente de fábula pensar que haya existido una época en la que tal suceso aparecía integrado a la cotidianidad de las personas de tal manera que nadie deseaba que su propia muerte le pasara desapercibida sino que se anhelaba ser protagonista de la misma. Resulta una realidad extraña debido a que la manera en la que en aquellos tiempos se lidiaba con la muerte es lo que en este tiempo se teme y se rechaza. Hoy lo fatídico no es perderse la propia muerte, sino el mismo hecho de morir y aún más lo es ser consciente de ello.

Comienza a hacerse cada vez más difícil informarle al moribundo sobre su desahuciada condición, por temor a generarle angustia y que ésta apresure su destino, teniendo la ilusión de que ese complot de silencio impedirá que la persona tome conciencia de su decadencia. El moribundo ya no se encuentra esperando la muerte en su casa, si es que de alguna forma puede decirse que hoy la muerte aún se espera, sino que permanece en un hospital donde la medicina hará lo posible por sanar sus males, donde las visitas serán restringidas por los horarios siendo menos numerosas y frecuentes. Visitas que difícilmente incluyan la presencia de los niños allegados al moribundo, a los cuales luego de la muerte, y en algunos casos, se les responderá a sus interrogantes sobre lo sucedido con historias que van desde largos viajes a lugares lejanos hasta estados celestiales que ha tomado el ser querido. O tan sólo se evitará responderles y se intentará que ya no pregunten porque no se sabe de qué forma hablar con un niño sobre un tema trascendental como lo es la muerte pero que ni los adultos hablan entre sí. Evitando con esta postura tomar contacto con todo aquello que represente la muerte y con circunstancias que puedan volverla presente, huyendo así de un suceso que ha pasado de ser natural y parte de la vida a ser un suceso que debe ocultarse.

Parafraseando a Gorer (1955), la muerte se ha vuelto un tema de mal gusto, tan salvaje y tan prohibida como lo es la pornografía.

La muerte se ha transformado en un suceso tan temible que actualmente se evita toda conducta, todo pensamiento y verbalización que refiera a ella.

Las ceremonias fúnebres han dejado de considerarse necesarias y de ayuda para la elaboración del duelo y han pasado a reducirse en duración y frecuencia.

Las manifestaciones de sufrimiento, si es que las hay, se reservan para la intimidad del hogar, reduciéndose muchas veces tan solo a momentos de total aislamiento. No se deja tiempo para el desahogo, el dolor se oculta, se reprime o apenas se libera mientras se reza el eslogan de que "hay que ser fuerte". "Se está convencido de que la manifestación pública del duelo, y también su manifestación privada demasiado insistente y lánguida, son de naturaleza morbosa (...) El duelo es una enfermedad. Quien lo muestra prueba la debilidad de su carácter" (Ariès, 1983, p 481).

Aún parece ser compartido por muchos aquel deseo que comenzó a gestarse a mediados del S XIX de que la muerte ocurra abruptamente, sin tiempo para reflexionar sobre el fin, ni para despedidas de ningún tipo, de forma inadvertida y en un silencio tal que no irrumpa en el ritmo cotidiano de nadie.

Se evita pensar sobre la muerte y hasta se utilizan eufemismos en el caso de que sea necesario hacer referencia a ella o a alguien que se está muriendo. Como si utilizando este recurso del lenguaje se instaurara cierta lejanía de esta realidad universal que brindaría el consuelo ilusorio de que es un suceso alejado que les acontece a otros, permitiendo así controlar el cúmulo de emociones que ella despierta. Ronda este anonimato de la muerte la creencia falsa y dañina de que su invisibilidad es la mejor solución para que la pérdida de un ser amado no genere sufrimientos.

Cual tabú, la muerte es negada, condenada al exilio de nuestros pensamientos y conversaciones, siendo quizás la muerte de nuestro tiempo, en palabras de Ariès (1983), una muerte salvaje. Inevitablemente todo ser humano en el transcurso de su vida ha de enfrentarse, al decir de Alizade (1996) a las marcas de ser mortal (p.36). Marcas que se encargan de imprimir en el propio cuerpo, con mayor o menor intensidad, el saber de nuestra condición progresiva y permanente de mortalidad. Un saber que se rechaza y se intenta olvidar, sin embargo todos en algún momento habrán de pasar por la difícil situación de perder a un ser querido y por la dolorosa labor de reorganizar su vida para continuar viviendo sin él. Pese a esto la muerte pareciera ser un tema que únicamente les

concierno a los ancianos y por lo tanto no habría necesidad de pensar en ella antes de esta etapa vital.

La muerte, la separación, las pérdidas, el dolor y el sufrimiento son sucesos que forman parte de toda existencia y a lo largo de ella. Sucesos estrepitosos, amargos y desestabilizantes, sin embargo se nos educa más para evitarlos que para incluirlos en nuestras vidas y elaborarlos.

Como consecuencia, del escaso contacto vivencial que se tiene con la muerte de los otros y la evitación del pensamiento de la propia muerte por considerarse mórbido, la muerte propia, si no es súbita, o la de un ser querido nos sorprende y nos encuentra carentes de recursos para su enfrentamiento. No se sabe cómo reaccionar frente a ella, ni cómo actuar en relación a los dolientes, ni de qué forma manifestar los sentimientos que nos genera porque no sólo la muerte es algo prohibido sobre lo cual es difícil hablar sino que también lo son las manifestaciones de sufrimiento que la rondan.

“No es posible enfocar la muerte propia de forma adecuada sin haber sido socializado/a antes en la muerte de otros seres queridos” (De Miguel, 1995, p. 110).

Según Gorer (1955) la muerte se ha convertido en un hecho cada vez más innombrable como un proceso natural y expresa:

“Preguntando a mis viejos compañeros no puedo encontrar uno de alrededor de 60 años de edad quien no fuese testigo de la agonía de por lo menos un pariente cercano, no creo que conozca una sola persona menor de treinta quien haya tenido una experiencia similar”.¹

Gorer (1955) manifiesta que la muerte se ha convertido en un hecho tan desagradable como el proceso natural de nacer y la copulación lo fueron hace siglos atrás. Se ha transformado en un suceso que ha de ser inexorablemente escondido y transformado en una realidad distinta y hasta posiblemente fantasiosa al momento de ser comunicado a los niños. Por lo cual enfatiza en el hecho de que si continuamos haciendo de la muerte un suceso innombrable, sobre todo delante de los niños, entonces continuará “el cómico horror”.

¹ (La traducción es mía). “*Questioning my old acquaintances, I cannot find one over the age of sixty who did not witness the agony of at least one near relative; I do not think I know a single person under the age of thirty who has had a similar experience.*” (Gorer, 1955, p. 51)

Cap. 3 - Infancias.

La situación histórica de las diferentes sociedades influye sobre la forma en la que sus integrantes han de concebir todo suceso relacionado con lo humano. La infancia no escapa a ello y, al igual que la muerte, ha sido considerada y tratada de formas variadas según las diferentes épocas. Hago referencia a diferentes momentos históricos y culturales en relación a la forma de concebir la niñez con el fin de graficar cierto proceso de cambio que refleja que la concepción de vulnerabilidad y de protección que hoy se tiene sobre dicha etapa vital no ha sido característica de todas las épocas, así como tampoco lo ha sido la actitud evitativa de los adultos en relación al conocimiento de la muerte por parte de los niños. “La situación histórica determina la concepción y el modo en que se es infante-adolescente” (Luna, 1999, p.7).

3.1- Una Infancia marcada por la severidad.

Barrán (1993a) en su libro “Historia de la sensibilidad en el Uruguay” relata cómo era el trato que los adultos mantenían hacia los niños y la concepción que se tenía de éstos durante lo que fue “la cultura bárbara”. Concepción y trato hacia ellos que habrá de cambiar en los inicios de “la cultura civilizada”, a raíz de la instauración de una sensibilidad diferente de la sociedad.

Barrán (1993a) manifiesta como durante “la cultura bárbara” era bien visto el castigo físico de los niños, considerado normal y hasta placentero. Castigos propinados tanto por sus padres como por sus maestros, quienes recibían autorizaciones de aquellos de poder aplicarlo.

...No podrá negar ella que después de haber echado yo a su hijo de la escuela, vino a mi casa, desnudó a su hijo y le pegó en presencia de todos los niños, diciéndome: maestro, le doy el ejemplo, así tiene Ud. que castigármelo... (Barrán, 1993a, p. 69)

Relata además que castigar físicamente a los hijos era un “Derecho” que los padres no perdían aunque aquellos avanzaran en edad. “La sociedad aceptaba y apoyaba las violencias de los padres, sobre todo la paterna” (Barrán, 1993a, p.69).

No solía incluirse, continúa Barrán (1993a), dentro de las prácticas de esta cultura un comportamiento amoroso con los hijos, sino que se valoraba positivamente la dureza y

las conductas agresivas, menospreciando los comportamientos afectivos que mostraban debilidad de la autoridad paterna. “La autoridad del padre... se creía y se quería basada más en el temor y el respeto que en el cariño o la adhesión sentimental de los hijos a los padres...” (Barrán, 1993a, p. 71).

Las familias económicamente pudientes solían enviar a sus hijos pequeños solos a estudiar al exterior y las relaciones de ellos con sus padres no sólo estaban marcadas por el rigor sino también por una importante indiferencia, en algunos casos podía existir una relación más afectuosa con la madre quien tampoco se mantenía al margen de brindarles golpes (Barrán, 1993a, p. 73).

Con respecto a este trato paterno que se les brindaba a los hijos en la época de la cultura bárbara, Barrán (1993a) destaca que no sólo se encontraban muchos niños abandonados en las calles y en las iglesias, sino que también eran frecuentes los infanticidios, y las penitencias que reducían sus dietas a pan y agua. (p. 76, 78).

El argumento que avalaba estas conductas paternas violentas y de castigo hacia los niños era que se los consideraba hombres pequeños, con instintos salvajes y tendencia a imitar lo malo, que debían ser formados y dominados. La severidad y los castigos físicos, eran el ideal de comportamiento paterno de la época, y tenían como objetivo lograr la obediencia del niño y la corrección de su conducta (Barrán, 1993a, p. 83).

A través del relato que Barrán (1993a) realiza de las prácticas que se llevaban a cabo en esta cultura puede notarse que el niño no tenía un lugar de persona frágil y vulnerable que requiriera cuidados especiales y diferentes a los de los adultos. Por el contrario su relato grafica una cultura muy desafectivizada que no parecía tener recaudos al momento de propiciarle sufrimientos al niño, ya fuese a través de castigos corporales y actitudes severas o por las separaciones tempranas entre padres e hijos. De hecho el dolor y el sufrimiento parecían considerarse herramientas necesarias y adecuadas para la corrección y buena formación del niño.

3.2- El comienzo de una etapa dorada.

A mediados del S XIX y principios del S XX comenzaban a gestarse cambios en la sociedad del Uruguay que desembocarían en “la cultura civilizada”. Barrán (1993b) señala que la sensibilidad característica de esta época llevó a que los niños dejaran de ser vistos como adultos pequeños en formación para pasar a ser considerados como niños con derechos y obligaciones acorde a su edad (p.111). Comenzaban a ser

considerados como seres puros que podían ser corrompidos por el mundo de los adultos y por lo tanto se los apartó de éste, se les prohibió concurrir a determinadas actividades que antes no (la concurrencia a los velorios) y otras pasan a ser de su exclusividad como ser el juego (p.112). "...Ahora esos seres pequeños y desvalidos convocaban a la sociedad entera a la ternura y a la abnegación..." (Barrán, 1993b, p.117).

Barrán (1993b) relata cómo debido al cambio de sensibilidad en la sociedad uruguaya, fueron mutando las concepciones sobre determinados sucesos. La muerte de los niños, expresa, ya no era vista como una fiesta sino como un impensable y doloroso suceso, no sólo comienza a manifestarse sufrimiento por su muerte sino que además se reducen paulatinamente los castigos corporales hacia ellos. Surge un inmenso horror frente al abandono infantil y empieza a ser valorado positivamente el trato tierno y cuidadoso de los adultos hacia los niños, éste comenzó a ser considerado por la sociedad como esencial e insustituible en su crianza (Barrán, 1993b, p. 113 - 119).

"...El descubrimiento del niño era también el de su valor, el de su singularidad, el de un cariño que excluía otros nacimientos juzgados como dispersiones del cuidado, la atención, el amor y la educación paternos..."(Barrán, 1993b, p. 123).

Esta sensibilidad y dedicación por parte de los adultos hacia los niños y su cuidado había comenzado a ser notoria algunos años antes en Europa. Dónde después de 1850 cuando un niño moría se acostumbraba a llevar luto por él y llorarlo en intimidad mientras se contemplaban sus cabellos (Ariès y Duby, 1991, p. 167).

Ariès y Duby (1991) relatan como el niño comienza a ser protagonista de la familia y comienza a tomarse conciencia por parte de ésta del esfuerzo y la dedicación que su educación y crianza requieren. Es por ello que para poder brindarles un mejor cuidado los hijos comienzan a ser más infrecuentes en número dentro de la familia. (p. 152, 156). Los niños empiezan a ser tratados con conductas amorosas, mimados con nombres cariñosos y se fomentan los intercambios de ternura entre padres e hijos. (p. 159). "El hijo... es objeto de todo tipo de inversiones: de la afectiva, ciertamente, pero también de la económica, la educativa y la existencial" (Ariès y Duby, 1991, p. 152). Con el surgimiento de este trato sensible y tierno hacia los niños comienza a aborrecerse y a prohibirse todo castigo corporal. (p.164) "La niñez va a considerarse en adelante como un momento privilegiado de la existencia... Se convierte en la edad fundamentante de la vida, y el niño se convierte en una persona" (Ariès y Duby, 1991, p. 168).

Este breve relato sobre formas diferentes de considerar la infancia muestra que las concepciones que se han tenido y se tienen con respecto a ella, y con respecto a todos

los temas que atañen al ser humano, son constructos sociales que se ven influidos por la cultura de determinada sociedad y por el momento histórico en el que nos encontremos. “La niñez es un invento moderno... No hay infancia si no es por la intervención práctica de un numeroso conjunto de instituciones modernas de resguardo, tutela y asistencia de la niñez” (Corea, 1999, p.13).

Las diferentes formas de concebir la infancia y las características particulares de esta etapa evolutiva determinan en parte las conductas que adoptan los adultos con respecto a los niños al momento de pasar por situaciones difíciles, como suelen serlo la muerte de un integrante de la familia y la comunicación de ello.

La dificultad que puede existir, en algunos casos, para hablar con los niños sobre la muerte de un familiar se ve ligada tanto a la actitud de rechazo que existe en la cultura occidental hacia la muerte como a la concepción actual de una infancia ingenua y vulnerable. Corea (1999) sostiene que la modernidad trató, educó y produjo niños basada en las ideas de docilidad, inocencia y de latencia o espera, transformando al cachorro humano en un objeto frágil e inocente, dócil y postergado a un futuro (p.25).

En nuestra sociedad, actualmente, parece considerarse en palabras de Corea (1999), que “...La infancia es - o debería ser, según nuestros hábitos culturales- la imagen misma de la inocencia...” (p.20). Si bien esta concepción sobre la misma parece predominar frente a ciertas situaciones, como la de hablar con un niño sobre una muerte que ha sufrido recientemente, no siempre es considerada de tal forma y tampoco lo es unánimemente. Menciono esto, brevemente, para no caer en la ilusión de que existe una única forma de concebir la infancia. En ocasiones puede verse por parte de los padres conductas hacia los hijos que parecen reactualizar e incrementar las prácticas de la cultura bárbara. Como también asistimos, al decir de Corea (1999) al surgimiento de una infancia suicida y homicida (p.11). Vivimos en una sociedad que trasmite a diario la ocurrencia de varias muertes, a través de diferentes medios informativos a los cuales los niños tienen acceso, y sin embargo cuando una muerte sucede en el entorno de ese niño los adultos suelen callarla. Condición de inocencia y vulnerabilidad infantil que parece sobrevenir en algunos momentos más que en otros. A pesar de que la muerte no es asunto desconocido por ellos el mundo adulto, por alguna razón, trata de ocultársela basándose en el argumento de protección a aquel que “desconocería” esta realidad y que podría dañarlo.

“...La infancia debe ser protegida (porque es frágil, porque aún no es, etc.)...” (Corea 1999, p.127).

4- Duelo.

Etimológicamente la palabra duelo proviene, entre otras, de la raíz latina dolus que significa dolor (Amaral, 2000, p. 8). Dentro del campo del Psicoanálisis el concepto fue introducido por Freud, su modelo fue seguido por otros psicoanalistas que aportaron conocimientos al campo del duelo.

4.1- Un afecto normal.

Al hablar de duelo generalmente se tiende a asociarlo con la muerte pero ésta no es la única situación que lo genera. El ser humano pasa a lo largo de su vida por diferentes situaciones que le generan pérdida, dolor, tristeza, y la necesidad de elaboración del suceso.

Freud (1930) planteó que el sufrimiento proviene desde las fuerzas destructoras y omnipotentes de la naturaleza y del deterioro y la aniquilación del propio cuerpo, pero la fuente del sufrimiento que nos resulta más doloroso son los vínculos con otros seres humanos (p.75). Se constituyen en fuentes proveedoras de sufrimiento en tanto existe la amenaza de perder un objeto de amor. “Nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos; nunca más desdichados y desvalidos que cuando hemos perdido al objeto amado o a su amor” (Freud, 1930/1929 Amorrortu, p. 82).

Ante la pérdida se desata un cúmulo de sentimientos, entre ellos el dolor, siendo el duelo “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción puesta en su lugar: la patria, un ideal, la libertad, etc.” (Freud, 1917/1915, Amorrortu, p. 241).

Si bien Freud plantea que la pérdida de un objeto amado nos expone al dolor considera que el objeto perdido es reemplazable por otro y que el trabajo de duelo eliminaría toda existencia del objeto perdido en el sujeto.

Sabemos que el duelo, por más doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables (Freud, 1916/1915, Amorrortu, p. 311).

En relación a esta mera sustitución de los objetos de amor perdidos, que plantea Freud, es que Allouch (2006) se pregunta: Si el duelo no corresponde justamente a una

condición del objeto perdido de ser irremplazable para el deudo (p. 49). “El duelo...no es cambiar de objeto sino cambiar de relación con el objeto” (Allouch, 2005, p. 99).

4.2- El aporte de M. Klein al duelo.

Melanie Klein comparte la definición que Freud realiza sobre el duelo pero le otorga mayor magnitud:

Los duelos y sus procesos se ponen en marcha ante la pérdida o la frustración proveniente de seres o entes animados, inanimados o abstractos o partes de éstos así como frente a la frustración proveniente de esos seres o realidades y, en especial, de los seres queridos (Tizón, 2009, p.19)

Considero importante resaltar de esta definición la amplitud que toma el duelo como consecuencia tanto de pérdidas reales, objetivas y tangibles de determinado objeto como de pérdidas que sin suceder concretamente son sentidas e imaginadas por el sujeto como tales.

Según Segal (1986), quien describe ciertos conceptos de la obra de Klein, los sentimientos de duelo, nostalgia, culpa y ambivalencia aparecen en la segunda mitad del primer año de vida del niño con la posición depresiva, en la cual el bebe ya no se relaciona con aspectos parciales de su madre, como en la posición esquizo paranoide, sino que la percibe como un objeto total y se relaciona con ella en base a esta percepción.

Segal (1986) manifiesta que lo que caracteriza a toda posición es una determinada configuración lograda por ciertas formas de relacionarse con los objetos y un predominio de ansiedades y defensas específicas. Siempre habrán experiencias que reaviven aspectos de estas posiciones, pudiendo el sujeto oscilar entre unos y otros (p.17). En relación a esto y dependiendo, en parte, de lo suficiente o insuficiente que haya podido ser su elaboración de estos aspectos se abrirán caminos que pueden conducir al niño hacia la enfermedad o hacia un desarrollo favorable.

Lo dicho anteriormente muestra la importancia de la ayuda que el entorno familiar pueda brindarle o no al niño para poder elaborar ciertas etapas vitales, que implican desprendimientos y duelos, y así poder enriquecer su yo y su mundo interno. Importancia que radica en el aprendizaje de un cierto modelo de reacción frente a posteriores pérdidas.

4.3- Un dolor derivado del amor.

J. Nasio (2007) plantea que la separación de un objeto amado genera dolor psíquico, al que denomina dolor de amar porque su causa es la ruptura del vínculo con el objeto amado (p. 31).

Prefiriendo hablar de dolor y no de sufrimiento dado que, explica, que el dolor es generado por una causa definida que lo provoca, o sea la pérdida, a diferencia del sufrimiento que es una emoción más difusa. Destaca que si hay dolor ante la pérdida es porque hay amor hacia el objeto perdido e intenta explicar lo que sucede a nivel intrapsíquico cuando la misma se produce (p. 22 - 23).

Define al dolor psíquico como un sentimiento oscuro e inasible que excede a la razón y explica que la ruptura del vínculo genera un impacto de tal magnitud en el psiquismo que deja inoperante al principio de placer, ocasionando un displacer excesivo. El yo percibe este trastorno en su interior y lo traduce en la conciencia como dolor, sin embargo no son lo mismo.

...El displacer continúa siendo un sentimiento que refleja un aumento de la tensión pulsional en la conciencia, aumento sometido a las leyes del principio de placer. En cambio, el dolor testimonia un trastorno profundo de la vida psíquica que escapa al principio de placer (Nasio, 2007, p.27)

Nasio (2007) manifiesta que, aunque la pérdida es el desencadenante del dolor psíquico, lo que duele no es la ausencia de la persona en si misma sino los efectos que este suceso genera en quién ha perdido al ser amado (p. 66).

Ante el impacto de la pérdida, dice Nasio (2007), para intentar atenuar sus efectos, el yo deposita toda su energía en la representación psíquica del ser amado pero este accionar también conlleva un costo doloroso para el yo. El duelo ha de tratarse entonces de una redistribución progresiva de esta energía hacia otras representaciones (p. 37).

4.4- Un pequeño trozo de sí.

Allouch (2006) plantea que alguien está de duelo no porque un allegado se halla muerto sino porque el que ha muerto se llevó consigo en su muerte un pequeño trozo de sí. El deudo habrá de completar su pérdida al sacrificar ese "pequeño trozo de sí". "... Ese pequeño trozo ni de ti ni de mí, de sí, y por consiguiente, de ti y de mí, pero en tanto que tú y yo siguen siendo, en sí, indistintos" (p. 10)

El deudo, dice Allouch (2006), debe sacrificar ese algo interno de sí que se compone a la vez de sí mismo y de un otro en vida, pero a raíz de la muerte es que ese trozo de sí se vuelve objeto de sacrificio. La muerte de ese otro le genera una sensación de desgarró, siente que le han arrancado un pedazo de sí, que lo han robado y sufre por ello.

“... Hay un robo, y por lo tanto se abre la posibilidad del grito. Un grito así nos incita a contar (...) sin duda cuatro personajes: el ladrón, lo robado, el auxilio (a quien el grito se dirige) y... la muerte” (Allouch, 2006, p. 30).

Parfraseando a Allouch (2006) puede decirse que cuando el deudo haya logrado dejar ir ese trozo de sí con el muerto, cuando haya logrado sacrificarlo entendiendo que ese es el lugar que ahora le corresponde, entonces habrá finalizado su duelo.

“Hay un duelo efectuado cuando quién está de duelo, lejos de recibir algo del muerto, lejos de extraer alguna cosa del muerto, suplementa la pérdida sufrida con otra pérdida, la de uno de sus tesoros” (Allouch, 2006, p.14).

El sacrificio necesario de realizarse para que el duelo concluya ha de llevarse a cabo por el trabajo de simbolización, a través de la palabra, trabajo que permitirá que se lleve a cabo el sacrificio de ese pequeño trozo de sí.

No hay subjetivación de la pérdida del duelo sin la pérdida de ese suplemento; sólo siendo perdido a su vez, gratuitamente sacrificado, dicho suplemento cumple su función de hacer posible la pérdida de alguien que ha sido perdido. Así quien haya desaparecido asumiría el estatuto de inexistente. Así cesaría la posibilidad de que aparezca como un fantasma o una alucinación (Allouch 2006, p.403)

4.5- Duelo y Vínculo.

Pérdida y duelo no son causa y consecuencia, no es suficiente con el hecho de que acontezca uno para que exista el otro, respectivamente. Sino que existe algo entre ellos, que los relaciona, para que exista sufrimiento por lo que se ha perdido.

Ese elemento imprescindible es el afecto, el cariño, los lazos de amor que unían al deudo con el objeto perdido.

Elemento que debido a la singularidad del ser humano y de sus relaciones con los otros existe en infinidad de formas, por las cuales se verá atravesado el proceso de duelo siendo vivido y manifestado de manera particular. La significación, el valor que aquello

que se perdió tenga para el afectado es lo que determinará, en parte, la intensidad de este proceso.

A partir de lo dicho anteriormente puede decirse que hablamos de duelo como aquel afecto doloroso y normal que se desencadena a raíz de la pérdida temporal o definitiva del objeto amado y que repercute en el sujeto tanto a nivel físico como emocional. Ocasionándole un impacto de tal magnitud que éste puede ver alterada su conducta en todas las áreas de su vida pero el pasaje por este proceso es de tal importancia y necesidad para poder elaborar la pérdida que a pesar de ello, en primera instancia, no ha de considerarse patológico.

Por elaboración del duelo se entiende la serie de procesos psicológicos, el trabajo psicológico que, comenzando con el impacto afectivo y cognitivo de la pérdida, termina con la aceptación de la nueva realidad interna y externa del sujeto. Ello supone a la larga...la reorientación de la actividad mental y la recomposición del mundo interno (cogniciones, sentimientos y fantasías fundamentales) (Tizón, 2009, p. 20 - 22)

Considero de relevante importancia destacar que la extinción del dolor no es un resultado espontáneo, consecuencia únicamente del simple paso del tiempo. Sino que para que la misma pueda ser lograda ha de ser necesario que se lleve a cabo un progresivo trabajo del duelo, necesario a cada situación para poder procesar el dolor.

El cual según Freud (1917) es un proceso intrapsíquico, que tiene lugar luego de la pérdida del objeto amado, y que consiste en sustraer progresivamente toda libido de sus enlaces con él. "Una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido" (Freud, 1917, p. 243).

Si el trabajo del duelo es llevado a cabo con éxito, se habrá logrado el desprendimiento del deudo con respecto al muerto lo cual implica haber realizado un proceso de duelo normal. Lo que le permitirá al sujeto la reorganización de su vida, incluyendo la pérdida como experiencia vital generadora de cambios, y la búsqueda de nuevos objetos.

Sin embargo el proceso de duelo también puede verse frustrado, impidiendo el desprendimiento necesario y volviendo al muerto un objeto omnipresente que impide continuar viviendo. Entendido esto tanto de forma metafórica en relación a una persona que se deja estar y restringe su vida a los recuerdos y temas relacionados únicamente con el muerto, como de forma literal debido a que las posibilidades de suicidio a raíz de una son reales.

4.6- Duelo Patológico.

Cuando las conductas desencadenadas a raíz de la pérdida se intensifican y permanecen suspendidas indefinidamente en el tiempo, llegando a cronificarse e invalidando la vida del sujeto en todos sus niveles, se habla de duelo patológico. El cual denotaría que la persona se ve desbordada en sus recursos internos para poder elaborar la pérdida y rehacer su vida en ausencia del ser querido. “Cuando el proceso de duelo se perpetúa en alguna de las fases...se vuelve patológico” (Defey, D., Diaz, J., Friedler, R., Nuñez, M., Terra, C, 1997, p. 37).

Existen situaciones de pérdida en las cuales el mismo no es posible de realizarse o se ve coartado en su curso, lo que conlleva a que la manifestación espontánea del sufrimiento se vea imposibilitada y por lo tanto también su elaboración. Produciéndose así un encapsulamiento del dolor que lo mantiene intacto a pesar del paso del tiempo. “Cuando el duelo no es elaborado, no desaparece sino que queda enterrado en la mente... La energía perteneciente a esos sentimientos negados es apartada y almacenada, pero resurge luego de formas inesperadas y abruptas” (Defey, D., Diaz, J., Friedler, R., Nuñez, M., Terra, C, 1997, p. 36).

La permanencia de esta situación, debido a su imposibilidad de resolverse espontáneamente, puede conducir a que se desencadenen en el sujeto otras alteraciones tanto físicas como psicológicas que contribuyen a la intensificación del malestar ya existente. Como pueden serlo la aparición de enfermedades orgánicas, el agravamiento de alguna ya existente o el consumo de sustancias tóxicas así como la ingesta excesiva de medicamentos.

“El detenimiento del duelo desemboca en la eternización del dolor. La depresión, mal de la época, es la contracara de la evacuación de la muerte, de la prohibición del duelo” (Cazenave, 2010, p.6). Los duelos no elaborados son potencialmente iatrogénicos tanto por sí mismos como en conjunto con otros duelos, y la suma de ellos complejiza aún más su elaboración. Aquel dolor reprimido puede ser desencadenado por pérdidas posteriores e incluso aparecer reacciones exageradas ante algunas que parecerían ser triviales.

Un duelo elaborado puede suponer un aumento de la creatividad del individuo, de sus capacidades de relación internas y externas, de su salud (mental)... Al contrario, existe suficiente evidencia, tanto clínica como de estudios observacionales, correlacionales y estadísticos acerca de cómo un duelo insuficientemente elaborado (por su gravedad, por la falta de contención psicosocial del mismo o por otras circunstancias) lleva a una cronificación del sufrimiento psicológico, a trastornos psicosociales y a la eclosión de diversos tipos de psicopatología (Tizón, 1998, p.12)

4.7- Simbolización.

F. Dolto (1985) nos dice: “la muerte no es un acontecimiento que debamos vivir, no lo viviremos nunca...” (p.71).

Refiriéndose a que serán los otros quienes nos verán morir y han de vivir ese acontecimiento y seremos nosotros quienes veremos morir a otros y viviremos ese suceso. Porque aunque sepamos claramente de la cercanía inminente de nuestra muerte no nos enteraremos de su ocurrencia sino tan sólo de nuestra progresiva decadencia, de nuestros sentimientos y fantasías en relación a ella hasta el momento en el que ya no sabremos más. Dolto (1985) plantea que entonces pareciera que lo temido no es la muerte, sino que es la decrepitud, la separación de los seres que amamos y el sufrimiento (p.79).

La forma en la que cada persona afronte estos acontecimientos no estará desarraigada de las experiencias vividas anteriormente en relación a las pérdidas y a la muerte en sí misma. Su reacción se verá influida, en parte, por aquello que su entorno más íntimo le haya transmitido y permitido o no en cuanto a las situaciones de pérdida y a las manifestaciones del sufrimiento.

Nos tocará vivir las muertes de nuestros seres queridos, sin embargo rara vez se nos prepara para lidiar con estos sucesos y cuando nos llegan no sabemos cómo manejar el cúmulo de emociones que nos generan, buscando así una especie de “salida rápida” que nos anestesie ante el sufrimiento.

Pocas veces las personas se permiten a sí mismos convivir con sus propios sentimientos dolorosos durante cierto tiempo, tomar conciencia de ellos, mencionarlos y dejarse atravesar totalmente por éstos al punto de que puedan ser expresados a través del grito, del llanto y la palabra. En vez de permitirnos un desahogo que permita ir elaborando el dolor simplemente lo reprimimos y continuamos haciéndolo cada vez que intenta reaparecer. “... A las representaciones del sufrimiento tratamos de evitarlas con el más voluptuoso aquí y ahora de lo que podemos tener en ese momento de la vida” (Dolto, 1985, p.84). Sin considerar que es la represión del sufrimiento lo que genera terreno fértil para la patología y no su expresión.

Ferrant (2008) explica que nuestro aparato psíquico constantemente construye representaciones, bajo el influjo de excitaciones provenientes del exterior y de movimientos internos nacidos del ello, produce estos objetos psíquicos asociados con afectos investidos de una mayor o menor cantidad de libido (p.93). Por lo cual el intento de evitar las representaciones de sufrimiento es tratar de esconder la basura bajo la alfombra. Quizás sea posible que el hecho de procurarse un aquí y ahora voluptuoso, al

decir de Dolto, tenga como resultado para la persona que se encuentra sufriendo cierta distracción de esos sentimientos dolorosos pero no su extinción. Tan sólo será una especie de analgésico frente a un dolor que se perpetúa y que en ciertos momentos se verá incrementado en intensidad. “La elaboración y simbolización de la experiencia vivida puede quedar trabada si los adultos no le brindan al niño representaciones que le permitan trabajar mentalmente con la pérdida” (Ihlenfeld, 1998, p. 1).

Siendo impedido, de esta forma, que el deudo logre el desprendimiento interno y definitivo del objeto que se ha perdido en la realidad externa, proceso necesario para poder reintroyectarlo en su yo de forma diferente y así poder cambiar de relación con el objeto perdido. El proceso de elaboración ha de ser posible a través de la simbolización, la cual tendrá lugar por medio de la palabra. Aquella “palabra” que permita tramitar la muerte del ser querido a través de relatos plasmados de recuerdos, fantasías y sentimientos en relación a la experiencia vivida y al muerto.

Podríamos definir el proceso de duelo –descrito por Freud...- como un trabajo desarrollado por el psiquismo frente a la pérdida o muerte de un objeto significativo a efectos de que el sujeto re- introyecte en su Yo, las diversas modalidades de vínculo con el objeto perdido, y renuncie, con mayor o menor éxito, a lo que ya no podrá suceder (Packciarz de Losso, A, 2000, p. 11)

Según Schkolnik (2000) la simbolización refiere a la posibilidad de establecer, a nivel del psiquismo, una ligazón entre representaciones que dará lugar a que se configuren cadenas representacionales que se establecen con los fragmentos de recuerdo constituyendo una verdadera malla que permitirá la circulación del afecto y la posibilidad de ir encontrando una significación a las propias vivencias a propósito de la pérdida. No hablamos de una simple sustitución dado que la marca de lo perdido subsiste e incide en la elección de nuevos objetos pero sufre transformaciones propias del trabajo de resignificación del duelo (p.151).

La imagen del objeto cobra especial relieve luego de la muerte... Las imágenes de los recuerdos invaden y cobran una intensidad especial. La fuerza de todas estas imágenes parece necesaria para oponerse al dolor por la pérdida real y luego por un temor al olvido, que angustia... (García, 2009, p.92)

Considero que frente a la omnipresencia, que en el deudo, cobra la imagen del muerto es necesario que la palabra tenga lugar, para que pueda expresar y disminuir progresivamente la intensidad de los afectos relacionados con el difunto y evitar que éstos lo desborden. Si no se le brinda al niño el espacio y la posibilidad de recordar y hablar del muerto, siempre que lo necesite y en la medida en la que así lo requiera, podría tender a aferrarse internamente a esos recuerdos del ser querido para no caer en

la angustia del olvido. “El objeto que murió en el mundo externo sigue viviendo, como si no hubiera muerto en el mundo del sujeto” (García, 2009, p.99). Poder hablar de la pérdida permite la progresiva toma de conciencia de su condición irreversible, poder matar al muerto en el mundo interior dónde aún vive y otorgarle la permanencia en el recuerdo, sin amenaza de olvido e integrando parte de la propia historia, pero con su correspondiente estatuto de muerto. “El trabajo del duelo consiste precisamente en la progresiva transformación de ese objeto muerto-vivo en una representación (recuerdo, relato)” (García, 2009, p.100). Pudiendo entonces sacrificar aquel pequeño trocito de sí al que refiere Allouch.

...El duelo es también un trabajo sobre las palabras. Para poder llevar a cabo dicho trabajo es necesario poder hablar del muerto sin que pese una prohibición sobre las palabras que lo designan...Todas las palabras que no hayan podido decirse, las escenas que no hayan podido recordarse, las lágrimas que no hayan podido derramarse, serán deglutidas, al mismo tiempo que el traumatismo causante de su pérdida. Deglutidas y guardadas en conserva... De este modo, se ha creado todo un mundo inconsciente de fantasmas con una vida aparte y oculta (Arfouilloux, 1986, p. 59-60)

4.8 - Duelo en los niños por la muerte de un familiar significativo.

Las diferencias entre las manifestaciones correspondientes a los procesos de duelo en niños y adultos pueden llevar a éstos a sostener el pensamiento de que los niños no pasan por procesos de duelo debido a su imposibilidad de comprender la muerte. Sin embargo De Tomas (1987) en relación a ello plantea lo siguiente:

La muerte del padre provoca en el niño conflictos intensos en los que se mezclan sentimientos de culpa, temor, dolor y nostalgia, y el análisis nos ha demostrado que cuanto menor es el niño, más grave y de mayores consecuencias es la pérdida...(p. 180)

Comprender la muerte como un hecho universal e irreversible implica todo un proceso evolutivo a nivel del pensamiento del niño. Sancho (2004) plantea que hasta los tres años la muerte para el niño equivaldría a partir, a los cuatro años se asociaría con el estado de dormir y entre los cinco y los nueve años aparecería la noción de muerte personal, que sería comprendida como un hecho irreversible alrededor de los diez años (p.170-171).

Independientemente de lo que el niño sea capaz de comprender o no en relación a la muerte, lo que habrá de generarle sufrimiento será la ausencia de una figura significativa para sí mismo. Sufrimiento por el cual se verá atravesado y manifestará de diversas formas, sin importar su edad, debido a que éste será la reacción a la pérdida del vínculo con su objeto de amor, tal como lo relata Bowlby en la siguiente cita:

Durante los primeros seis meses de vida, un lactante va aprendiendo a diferenciar una determinada figura, por lo general la de su madre, y va desarrollando una intensa tendencia a estar en su compañía. Después de la edad de seis meses, aproximadamente, muestra su preferencia de un modo inconfundible. A través de la segunda mitad de su primer año de vida...está estrechamente vinculado a su figura materna...Incluso una separación momentánea da lugar, con frecuencia, a que proteste y las separaciones prolongadas siempre provocan en él esta respuesta (Bowlby, 2006/1986, Morata, p.66-67)

A pesar de lo rudimentario del psiquismo del lactante para el relacionamiento con los otros y aunque la ausencia de una figura significativa, en un principio, pueda significar para él o para el niño pequeño únicamente la insatisfacción de sus necesidades, parece quedar claro que frente a la pérdida del vínculo de amor habrá de sentir aflicción.

El hambre que tiene el niño pequeño del amor y de la presencia de su madre es tan grande como su hambre de alimentos...por lo tanto la ausencia de ésta genera, inevitablemente, un fuerte sentimiento de pérdida y de rabia (Bowlby, 2012/1969, Paidós, p. 22)

Refiriéndose a los efectos y reacciones de la pérdida afectiva en niños de 18 a 24 meses, Bowlby (2009/1973) plantea:

Si a esta edad se aparta al niño del cuidado de la madre, en un momento en que se encuentra tan posesiva y apasionadamente apegado a ella, siente que su mundo ha quedado destrozado...La frustración y el anhelo pueden enloquecerlo de dolor... El niño se siente tan abrumado como cualquier adulto al que la muerte ha arrebatado a una persona amada... Para el niño de dos años... es como si su madre hubiera muerto. No conoce la muerte sino sólo la ausencia, y si la única persona capaz de satisfacer su necesidad imperiosa está ausente, bien podría estar muerta, tan abrumadora es su sensación de pérdida (p. 34)

Es justamente debido a la incapacidad del niño pequeño para diferenciar la pérdida temporal de la muerte, que ante una separación sufre profundamente como si le hubiese ocurrido una pérdida definitiva. Si tenemos en cuenta que estos sentimientos angustiantes y dolorosos aparecen tempranamente en el niño y frente a la ausencia queda descartada la fantasía de los adultos de que el niño no habrá de penar por la

muerte de una persona significativa, debido a que no comprende el hecho de morir, si ello no se le comunica. “Al igual que los adultos, los lactantes y niños pequeños que han perdido a una persona querida experimentan pena y pasan por períodos de duelo” (Bowlby, 2006/1986, Morata, p.71).

El niño no necesita entender la muerte al nivel conceptual en el que la entienden los adultos para sufrir, sino que para ello le basta con la ausencia del ser amado. “Para un niño muy pequeño...una ausencia prolongada de sus padres viene a ser como una pérdida definitiva... Mas lo importante es el estado de profundo desamparo que pueden provocar las separaciones prolongadas en edad temprana” (Arfouilloux, 1986, p.46).

Sin embargo aunque el niño no sea capaz de diferenciar las razones de la ausencia, el hecho de que se le haya podido explicar lo sucedido en el momento en el que acontece y con un relato acorde a la realidad marcará la diferencia con respecto a explicaciones engañosas o evitativas años más tarde cuándo realmente comprenda la muerte como tal y diferente de otros motivos de ausencia como ser la separación temporal. “...Se puede apreciar no sólo la existencia de procesos de duelo en los niños, sino la vasta complejidad de fantasías inconscientes y sentimientos que involucran” (Grinberg, 1971, p. 176). Lo cual quiere decir que no es de poca importancia aquello que se les diga en relación a la pérdida y cómo se les diga, la comunicación o la falta de ella en relación a lo sucedido montará diferentes escenarios psíquicos para el desarrollo de la fantasía en torno a la situación.

Sabiendo que los niños, al igual que los adultos, sufren por la pérdida de un objeto de amor pienso que una pregunta trascendental en relación al tema es: ¿Pueden los niños elaborar una pérdida?

Según Ihlenfeld (1998) la muerte de uno de los padres se trata de un acontecimiento intolerable para el yo inmaduro del niño que recurre a severos y persistentes recursos defensivos (p.5). Si bien los mecanismos de defensa son estrategias inconscientes del psiquismo para reducir las tensiones frente a una situación intolerable para el yo, externa o interna, su repetición y rigidez inmutables pueden llegar a tener consecuencias patógenas para la persona.

El trabajo del duelo para ser llevado a cabo requiere de la simbolización, la cual será posible dependiendo de la etapa evolutiva del niño pero principalmente de la narrativa que los adultos le brinden o no en relación al hecho y de las manifestaciones que ellos mismos se permitan tener o no delante del niño en relación a la pérdida. Según Ihlenfeld (1988):

El modo en que un niño trabaja su experiencia de pérdida está ligado a la subjetivación que de la misma puedan hacer los adultos con quienes convive. Y ello a su vez se relaciona con la posibilidad que éstos tengan de recurrir a las palabras que den cuenta tanto de lo sucedido como de los afectos desencadenados por la situación (p.11)

4.9 - Engaños y Silencios.

El secreto, como se sabe, exhibe lo que pretende ocultar y lo convierte simultáneamente en objeto de curiosidad y objeto prohibido. La inhibición es el precio por mantenerlo cuando la amenaza que se esconde tras su revelación es la pérdida de amor e incluso la muerte (“saber eso podría matarlo”) (Arfouilloux, 1986, p. 70)

Aberastury (1973) destaca que el niño tiene una aguda capacidad de observación tanto para el mundo físico como para el psicológico, capta todo lo que acontece a su alrededor y puede sufrir de angustias muy intensas. Por ello los silencios y las mentiras que en ocasiones brindan los adultos a las preguntas del niño tan sólo le provocan más dolor y le causan problemas (p. 163).

“La verdad alivia al niño y lo ayuda a elaborar la pérdida” (Aberastury, 1973, p.164). Hablar con los niños sobre la muerte de un ser querido no es provocarles el dolor. Éste se ha instalado en el mismo instante en el que aconteció la pérdida, hablarles sobre ella no lo genera así como el silencio no lo anula. Por el contrario poder establecer una comunicación en torno al tema, al nivel de la comprensión del niño, es cuidar de él. Es permitirle trabajar mentalmente con representaciones en torno a la pérdida, lo cual es parte del proceso de duelo que se necesita llevar a cabo para poder aliviar progresivamente el dolor hasta su extinción, es ayudarlo a lidiar con el dolor de la mejor manera posible y brindarle recursos que le permitan afrontar posteriores situaciones similares y difíciles.

“...La enfermedad no deriva de la pérdida en sí, sino de que esa pérdida haya ocurrido en una etapa del desarrollo emocional del niño o bebé en que éste no podía reaccionar con madurez” (Winnicott, 1990/1958, Paidós, p. 157).

Debido a la inmadurez del psiquismo infantil y a su poca tolerancia a la frustración y al dolor el niño que se encuentra atravesando un proceso de duelo necesita, debido al esfuerzo psíquico que conlleva su elaboración, de un “yo adulto-auxiliar” que lo acompañe y lo sostenga en el proceso de soportar y tramitar las emociones y fantasías

que la vivencia de muerte puedan generarle. Evitando así las consecuencias dañinas del encapsulamiento del duelo.

“El ambiente que lo rodea debe prestarle apoyo y sostén mientras efectúe esa elaboración; asimismo, el individuo debe estar libre del tipo de actitud que impide experimentar tristeza” (Winnicott, 1990/1958, Paidós, p.158). Sin embargo difícilmente alguna de estas condiciones, imprescindibles para la elaboración del duelo, sea posible si los adultos mienten o le ocultan la pérdida al niño. Si por temor a causarle sufrimiento o a que el niño irrumpa en un llanto inconsolable le impiden acceder a la realidad de situación.

...Con frecuencia los padres... tienen miedo del llanto que ese tema puede provocar. No comprenden que expresar el dolor llorando es normal y beneficioso... Si aguanta estoicamente su pesar, no exteriorizándolo, puede que más tarde se desahogue en una explosión mucho más peligrosa para su personalidad íntima (Grollman, 1974, p.137-138)

Cuando no hay una aceptación de la pérdida, el muerto se vuelve omnipresente en el psiquismo del deudo justamente por su condición de ausencia.

No sufrimos por la ausencia del objeto, sufrimos por su presencia, por las variaciones de esta presencia en demasiado o en no lo suficiente... Cuando decimos que sufrimos la ausencia del objeto, sufrimos de hecho de una presencia desequilibrada de ese objeto (A. Ferrant, 2008, p.103)

Pienso en relación a lo que plantea Ferrant y a lo visto con respecto a la angustia que genera en el deudo el temor a olvidar al fallecido y al dolor que ocasiona la sobrecatectización de sus representaciones, que el silencio en torno a la muerte de un ser querido configura una cierta forma de olvido que cristaliza su presencia desequilibrada y por ello aumenta el dolor que la muerte misma instauró. Por lo tanto el silencio lejos de ser una solución para evitar que el niño sienta dolor frente al conocimiento de su pérdida parecería ocasionar los efectos contrarios.

A su vez frente a la desinformación de lo que ha sucedido el psiquismo infantil habrá de elaborar respuestas que respondan a sus preguntas y preguntas sin respuestas, proceso durante el cual el muerto se encuentra demasiado presente y demasiado ausente a la vez. Según Ihlenfeld (2000) el niño en duelo corre el riesgo de que sus fantasías en relación a lo que sucede en su vida no puedan ser expresadas, lo cual coopera en la obturación de su trabajo mental de reconocimiento paulatino de su realidad. “...Una información simple sobre el hecho basta para posibilitarle al niño el cumplimiento del proceso de duelo; de lo contrario, caerá en la confusión” (Winnicott, 1958/1990, Paidós, p.158).

Los engaños, las respuestas evitativas y los silencios provenientes de los adultos como respuestas a las preguntas del niño con respecto a una muerte familiar no sólo traban su duelo, con sus respectivas consecuencias, sino que además al decir de Aberastury (1973) dejan huellas perjudiciales en su desarrollo y atacan su capacidad de pensar. “Lo no dicho se confunde con lo indecible, y de lo indecible a lo impensable no hay más que un paso...” (Arfouilloux, 1986, p. 61). De estas acciones de los adultos no sólo resultan consecuencias negativas a nivel del pensamiento sino también a nivel de los afectos, del comportamiento de la persona y de su relacionamiento con los demás. Considero que la siguiente cita de Urribarri (1991) expresa claramente la importancia que el entorno familiar tiene para que el niño pueda elaborar o no un proceso de duelo:

Los procesos frente a la pérdida, se pueden ver dificultados o patologizados por la influencia del medio familiar (que también sufre la pérdida), que no colabora para que el niño pueda compensar su carencia y procesar su sufrimiento; así como también el papel deletéreo de las dificultades de los adultos a hablar francamente sobre la muerte y la tendencia a las mentiras y los mitos en torno al tema, que operan negativamente y favorecen la patología en los niños (p.167)

Los motivos por los cuales habrá de elegirse no hablar de la muerte con un niño que se ha visto afectado por una pérdida serán particulares en cada caso. Sin embargo esta forma de proceder no es ajena a la actitud distante y de alejamiento que nuestra cultura ha ido tomando con respecto a la muerte y el sufrimiento, y los niños no escapan a ello. Otra de las razones que puede constatarse en relación al tema es el pensamiento de que los niños no comprenden la situación de muerte. Independientemente de ello, como fue expresado anteriormente, los niños manifiestan conductas de sufrimiento frente a la pérdida, otra razón por la cual puede evitarse enfrentar el tema. Dado que hablar sobre la muerte moviliza en quien lo hace miedos y angustias en relación a duelos pasados y a su propia muerte. “El duelo es tan doloroso porque al dolor por la pérdida del ser querido se agrega el dolor y el temor ante la idea de la propia muerte” (Defey, D., Diaz, J., Friedler, R., Nuñez, M., Terra, C, 1997, p. 21).

A su vez hablar con un niño sobre ella agrega a esta movilización un cúmulo de sentimientos correspondientes al pensamiento de que un ser tan vulnerable, concepto que hoy se tiene de los niños, tenga que sufrir la pérdida de un ser querido en los inicios de su vida. Lo cual confronta al adulto con sentimientos correspondientes a su propia condición de vulnerabilidad cuando niño, pero además recrudece el propio duelo por el cual el adulto está atravesando. “El niño está dispuesto a conocer la verdad y la pregunta de diferentes formas, pero es el adulto el que la teme y evita pronunciar las palabras

porque ello significa desencadenar la muerte, para su fantasía inconsciente” (Aberastury, 1973, p. 177).

Para un niño que no ha alcanzado un pensamiento abstracto es difícil llegar a entender de buenas a primeras que una persona ha desaparecido por completo para siempre, que ya no está entre nosotros y que no habrá de estar nunca más en ningún lugar. Esto lleva a que en su intento de comprender tal suceso los niños formulen preguntas que pueden llegar a ser incómodas para los adultos, quizás esta pueda ser otra de las razones por las cuales se prefiere no dar explicaciones sobre la muerte ni hablar de ella ante los niños.

“...Los niños están cargados de preguntas, todas ellas apuntan a lo desconocido y lo prohibido. Los niños tienen una curiosidad natural a la que el adulto se resiste. El valor de las preguntas es esencial en el trabajo del duelo” (Kononovich, 2000, p. 301).

Cap. 5 – Consideraciones Finales.

“El niño se apoya en los adultos vivos para sentir su propio duelo. Si ellos se muestran desfallecientes, incapaces de vencer la prueba y de brindar un punto de apoyo al niño, éste se bloqueará y podría tener que pagar un precio demasiado alto.” (Arfouilloux, 1986, p.51)

Desde hace aproximadamente cuatro décadas ya se consideraba que los niños de aquella época se daban cuenta de la existencia de la muerte, destacándose su aguda percepción de lo que acontecía en su entorno. Psicoanalistas y otros intelectuales del momento (Aberastuty 1978, Grollman 1973) ya habían comenzado a cuestionarse por el resultado que el ocultamiento de la muerte, por parte de los padres, tenía sobre los niños. Investigaciones llevadas a cabo con niños pequeños y observaciones de la clínica infantil (Bowlby, Aberastury 1978) confirmaban la aflicción del niño, a edades muy tempranas, frente a la pérdida y su posibilidad de transitar por un proceso de duelo, así como también la existencia de un posible efecto patógeno resultante de la pérdida en la niñez debido a la falta de sostén del niño por parte de su entorno y a la necesidad del mismo para prevenir los posibles efectos negativos de una pérdida vivenciada por un psiquismo inmaduro. Si tenemos en cuenta que hablamos de un conocimiento que ya se manejaba hace 40 años atrás ¿Cómo es posible que aún hoy se continúe sosteniendo la creencia de que los niños no se ven afectados por la muerte de un ser querido, debido a que no la comprenderían, por lo cual no sería necesario comunicarles sobre una pérdida y en caso

de realizar preguntas en torno al hecho se les engañe? En relación a esta interrogante Gómez Sancho (1999) dice:

...Todas las ideas de los psicólogos y psicoanalistas (sobre la sexualidad, el desarrollo del niño, etc.), acertadas o erróneas, han sido divulgadas y aceptadas por la sociedad occidental. Solamente sus ideas sobre el luto y su función beneficiosa han sido ignoradas por el público y retiradas de la circulación por quien controla los massmedia...Sólo en este tema se tapan los oídos...(p. 1098)

La explicación de esta actitud se encuentra emparentada con la evitación que la cultura occidental pretende realizar de la muerte. La mortalidad propia o de seres cercanos y queridos es un hecho difícil de aceptar para el hombre de occidente y aún más lo es el proceso arduo y doloroso que se desencadena en él a raíz de su ocurrencia. Sobre todo en una cultura en la cual se vive en busca una felicidad constante y perpetua con intención de anular toda existencia de sufrimiento, olvidando o desconociendo su valor para el ser humano en tanto lo provee de recursos para la tolerancia, el afrontamiento y la superación de los infortunios inherentes a la vida. Por ello el mundo adulto evita hablar con los niños sobre la muerte, porque también evita hablar consigo mismo y con sus pares sobre ella y su sufrimiento. El mundo adulto es intolerante con el sufrimiento, tanto propio como ajeno, recurriendo por ello a estrategias de evitación u ocultamiento del mismo, entre las cuales se puede considerar una concepción de vulnerabilidad envolvente de la niñez que le permite al adulto justificar sus acciones engañosas hacia el niño, con respecto a la muerte, basadas en el argumento de evitarle sufrimiento. Proyecta en el niño parte de su incapacidad para tolerar sentimientos dolorosos, convirtiendo propio del mundo infantil un aspecto perteneciente al mundo adulto, evitando así confrontar e identificarse con el dolor de otro que puede agudizar aún más el dolor propio porque el duelo no sólo es doloroso de vivir sino también de atestiguar en otro. El argumento de engañar o callar la verdad, referida a una pérdida, para proteger al niño del sufrimiento muestra su inconsistencia al verse en él las consecuencias negativas de este accionar adulto que le impide expresar sanamente sus sentimientos a raíz de la pérdida definitiva y total del ser amado. No hablar con el niño de ello es un intento del adulto de evitarse a sí mismo las ansiedades que la muerte le genera. De lo contrario ¿qué sentido tendría, sino éste, brindarle al niño una versión distorsionada de lo sucedido siendo que en un tiempo más adelante habrá de comprender la muerte a la par del adulto? Estos engaños y silencios no son soluciones frente al sufrimiento sino que son artimañas que utiliza el adulto como salida rápida de una situación compleja e intolerable para no tener que enfrentarse con el dolor del niño, porque ya bastante desgarrador le es el propio. Artimañas con las cuales el adulto quizás consiga momentáneamente el beneficio deseado de no tener que verse en la difícil situación de decirle a un hijo que ha muerto su

madre, su padre, su hermano o su abuelo, pero con un alto costo a pagar principalmente por el niño. Los engaños y silencios en torno a la muerte sólo postergan y complican en el niño la elaboración del dolor, el cual permanecerá cristalizado y surtiendo efectos negativos en él. Tanto lo dicho como lo no dicho, a través de palabras o actitudes, son de importancia dado que ambas posturas han de marcar la vida del niño. Quien tiene derecho a saber sobre la muerte, a penar por un ser querido que ha perdido y a adquirir herramientas sanas que le permitan un manejo adecuado de futuras situaciones dolorosas. No tiene por qué sufrir el costo de la incapacidad adulta para tolerar y lidiar con el dolor, tiene derecho a crecer saludablemente y constituirse como un adulto emocionalmente sano.

...Espero que quede bien aclarada la importancia de decir la verdad, esa verdad que los adultos comunican a los niños... quienes la necesitan y tienen derecho a conocerla...La verdad puede ser dolorosa a menudo pero, si se dice, permite al sujeto reconstruirse y humanizarse (Doltó, 1986, p 9).

La muerte de un ser querido desencadena el duelo como reacción frente a la pérdida. Situación que no adquiere su talante doloroso por su anuncio al deudo ni le es indiferente por su ocultamiento, sino que es la ausencia permanente de un otro significativo para sí mismo, la causa de su dolor. Siendo el duelo un proceso que le exige al deudo un importante esfuerzo intrapsíquico para la asimilación y elaboración de la pérdida. Para que un sujeto logre llevar a cabo un saludable trabajo de duelo es necesario que se hayan elaborado adecuadamente pérdidas anteriores, lo cual muestra la importancia de una adecuada elaboración de las pérdidas desde y en la niñez. Si se continúa sosteniendo el pensamiento de que los niños no pasan por procesos de duelo, debido a su incomprensión de ciertos conceptos, olvidando que es la ausencia del objeto de amor la causa del duelo, se deja al niño solo con su dolor y se corre el riesgo de que su duelo se vuelva patológico. El hecho de no hablar sobre la pérdida, lo cual no elimina el dolor, es una forma de negarla y la negación de la misma contribuye a que el trabajo del duelo se vea impedido de realizarse. Hablar sobre lo ocurrido, a diferencia de lo que popularmente suele pensarse no genera el dolor, favorece la expresión de los sentimientos en relación a ella a través de la palabra y el llanto. Lo cual le permitiría al deudo tomar contacto con su propia tristeza, actitud necesaria al decir de Winnicott (1990/1958) para la elaboración del duelo. Aquellos sentimientos reprimidos y por lo tanto no elaborados traban la elaboración del duelo y generan en el deudo diversidad de síntomas y terreno fértil para duelos patológicos con futuras pérdidas. El niño necesita que las personas a cargo de su cuidado lo ayuden a adaptarse a los cambios que se presentan a raíz de la pérdida para poder lograr progresivamente una asimilación de la misma. Para esto es necesario que su entorno reconozca y exprese la situación de

pérdida y así se lo permita al niño también. La actitud que tomen los adultos de su entorno familiar puede obstaculizar o favorecer el curso de su duelo, la forma en la que se le permita reaccionar o no serán variables que irán configurando el modelo de reacción a seguir por el niño, y por el adulto posterior, frente a situaciones similares. Debido a que los niños aprenden de su entorno el manejo de los afectos, debido a los sucesivos duelos por los cuales un ser humano puede verse obligado a transitar, a las consecuencias negativas que la no elaboración de ellos puede tener para el deudo, en todas las etapas de su vida, es que considero de importancia reflexionar sobre los efectos que lo dicho y lo no dicho a los niños al momento de la pérdida y con respecto a ella puede tener sobre la elaboración de su duelo. Considero que de seguir perpetuando el cómico horror ante la muerte, al decir de Gorer (1955), que el propio ser humano ha creado hemos de asistir a un aumento progresivo de complicaciones de salud en el ser humano. El duelo en la infancia debido a la muerte de un familiar es una realidad que requiere del acompañamiento y de la contención de los adultos para poder ser elaborada.

Referencias Bibliográficas.

- Aberastury, A. (1978). *La percepción de la muerte en los niños*. Buenos Aires: Kargieman.
- Alizade, A. (1995). *Clínica con la Muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Allouch, J. (2005). Objeto perdido, objeto des-compuesto. En *Rev. Desde el Jardín de Freud*. Revista de Psicoanálisis, 5, pp. 98 - 114.
- Allouch, J. (2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Amaral, R. (2000). Suicidio y Depresión (pp. 5-12). En *Depresión. Cuaderno de la Coordinadora de Psicólogos del Uruguay*. Montevideo.
- Arfouilloux, J. (1986). *Niños Tristes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ariès, P. (1977). *El Hombre ante la muerte*. España: Taurus. Madrid.
- Ariès, P y Duby, G. (1991). La Familia triunfante. En *Historia de la vida privada*. (Vol. 7, pp. 127- 177). Colombia: Taurus.
- Barrán, J. (1993a). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. (Vol. 1). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Barrán, J. (1993b). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. (Vol. 2). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Bowlby, J. (2006). *Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Morata. (Trabajo original publicado 1986)
- Bowlby, J. (2009). *La pérdida*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1973)

- Bowlby, J. (2012). *El Apego*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1969).
- Cazenave, L. (2010). *El duelo en la época del empuje a la felicidad*. Recuperado de <http://virtualia.eol.org.ar/>
- Corea, C. (1999). *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Buenos Aires: Lumen Argentina.
- Defey, D., Diaz, J., Friedler, R., Nuñez, M., Terra, C. (1997). *Duelo por un niño que muere antes de nacer*. Montevideo: Prensa Médica Latinoamérica.
- De Tomas, P. (1987). Conflictos en la elaboración del duelo. En A. Aberastury, (1987) *Teoría y técnica del Psicoanálisis en niños* (pp. 180-189). Buenos Aires: Paidós.
- De Miguel, J. (1995). *El último deseo: para una sociología de la Muerte en España*. *Reis*, 71-72, 109-156. Recuperado de http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_071_072_07.pdf
- Dolto, F. (1985). Hablar de la Muerte (pp.71-94). En Dolto, F. (1985). *El niño en la ciudad*. Montevideo: Trilce.
- Dolto, F. (1990). *Los niños y su derecho a la verdad*. Buenos Aires: Atlántida.
- Ferrant, A. (2008). La ausencia y sus afectos. En *Rev. Uruguay de Psicoanálisis*, 107, (pp. 90-106)
- Freud, S. (1915a). La transitoriedad. En *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 305-311). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916)
- Freud, S. (1915b). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1929). El malestar en la cultura. En *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).

- García, J. (2009). La muerte y el objeto. *Rev. Uruguay de Psicoanálisis*, vol. 108, 2009, pp. 90-107.
- Gollman, E. (1974). Diálogo sobre la muerte entre padres e hijos. En Kubler-Ross, E. Fulton, R. Kastenbaum, R. Folta, J. Deck, E. (1974). *Sociología de la Muerte* (pp. 129-142). Madrid: Arán.
- Gómez, S. (1999). El duelo y el luto. La atención al doliente. En *Medicina Paliativa en La Cultura Latina* (pp. 1095-1132). Madrid: Arán.
- Gómez, S. (2004). *La pérdida de un ser querido. El duelo y el luto*. Madrid: Arán.
- Gorer, G. (1955). *The Pornography of Death*. *Encounter*, 5(4), 49-52. Recuperado de <http://www.unz.org/Pub/Encounter-1955oct-00049>
- Grinberg, L. (1971). El duelo en los niños. *En Culpa y Depresión. Estudio Psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Ihlenfeld, S. (1998). Duelos en la Infancia. En *Rev. Uruguay de Psicoanálisis*, 88, pp. 1-17. Recuperado de www.apuruquay.org/apurevista/1990/1688724719988803.pdf
- Luna, M. (1999). Citado en Presentación de Corea, C. (1999). *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Buenos Aires: Lumen Argentina.
- Nasio, J. (2007). *El dolor de amar*. Barcelona: Gedisa.
- Packciarz de Losso, A. (2000). Los duelos en los vínculos familiares. Su procesamiento en la intersubjetividad (pp.11-19). *En Los duelos y sus destinos. Depresiones, Hoy*. Montevideo: Edición de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Schkolnik, F. (2000). Depresión y Duelo desde la perspectiva Psicoanalítica (pp.149-154). *En Depresión. Cuaderno de la Coordinadora de Psicólogos del Uruguay*. Montevideo.

- Segal, H. (1986). *Introducción a la Obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Tizón, J. (1998). *Los procesos de duelo y pérdida*. Montevideo: Sindicato médico del Uruguay.
- Tizón, J. (2009). *Pérdida, pena, duelo. Vivencias, Investigación y asistencia*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Winnicott, D. ((1990). La Psicología de la Separación. En Winnicott, D. *Deprivación y Delincuencia* (pp. 157-182). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1958)
- Uribarri, R. (1991). Pérdida de seres queridos en la Infancia y la Adolescencia. En: *Psicoanálisis con niños y adolescentes* (pp. 147-168). Buenos Aires: E.L.E.S.N.A